

Hacia una espiritualidad capaz de sustentar una comunidad institucionalizada

Por MONSEÑOR LUIS DEL CASTILLO, SJ



Monseñor Luis del Castillo, sj

Antes de comenzar, precisábamos con el doctor Ham el título de este panel, que es Hacia una espiritualidad capaz de sustentar una comunidad institucionalizada. Creo que es bueno definir cada uno de estos términos: espiritualidad, fe y religión.

La espiritualidad es la más genérica. El ser humano es un ser espiritual y todo camino que lo lleve a recorrer esa dimensión de su existencia podemos llamarlo espi-

ritualidad. Fe, supone que creemos en la existencia de Dios. Creemos que Dios se comunica con sus criaturas, con el ser humano, y el ser humano responde. Cuando existe esa respuesta decimos: "es un ser humano de fe", cuando esa fe es compartida con otros se puede constituir una religión, es decir, una comunidad de seres humanos que comparten una misma fe.

Cuando pensamos en una espiritualidad que sustente una comunidad institucionalizada nos podemos preguntar si ese sustento es ornamental o es un cimiento. Si una espiritualidad es un aditamento que mejora la sociedad o es un cimiento ineludible. Cuando entramos a este Centro Padre Félix Varela, leemos lo siguiente: "No hay Patria sin virtud ni virtud con impiedad". No hay Patria sin virtud, nos dice el padre Félix Varela, es decir, no puede haber institucionalidad sin ese fundamento de espiritualidad y no hay virtud, es decir, no hay ética si no existe piedad, es decir, si no hay una fuente, un cimiento para esa espiritualidad.

Pero me interesa citar a alguien más contemporáneo, que no permite que dudemos de este principio. Se trata de un discurso del presidente de los Consejos de Estado y de Ministros Raúl Castro, del 7 de julio del año pasado. En sustancia dice lo siguiente "si no cambiamos la situación ética y moral de la sociedad ningún ajuste, ningún cambio, económico y social de la sociedad se sostiene". Por si no leyeron, o escucharon ese mensaje voy a citar algunos párrafos. Aclaro que estas palabras no son solo de Raúl Castro sino que explicita que esto fue consultado con el Buró Político. Dice: "la implementación de los Lineamientos lleva implícita la necesidad de corregir con prontitud cualquier desviación," y sigue: "hemos percibido con dolor a lo largo de los más de 20 años de período especial el acrecentado deterioro de valores morales y cívicos, como la honestidad, la decencia, la vergüenza, el decoro, la honradez y la sensibilidad ante los problemas de los demás". Sensibilidad ante los pro-

blemas de los demás quiere decir conciencia del bien común; y pone ejemplos.

“Una parte de la sociedad ha pasado a ver normal el robo al Estado, se propaga con relativa impunidad la comercialización ilícita de bienes y servicios, el incumplimiento de los horarios en los centros laborales, la tala de recursos forestales, el acaparamiento de productos deficitarios y su reventa a precios superiores, la aceptación de sobornos y prebendas,” y todavía añade: “No he agotado la lista de deterioros de esta conciencia ética. Lo mismo pasa en los diferentes niveles de enseñanza, donde existen casos de maestros y familiares que participan en hechos de fraude académico. El hogar y la escuela conforman el sagrado binomio de la formación del individuo y estos actos representan graves grietas de carácter familiar y escolar.” Luego, para responder a esta situación, dice que es necesario convocar a los colectivos obreros, campesinos, estudiantes, jóvenes, maestros y profesores, intelectuales y artistas, periodistas, las entidades religiosas, las autoridades, los dirigentes, los funcionarios de cada nivel; en resumen, todas las cubanas y cubanos dignos para cumplir esta misión de recuperar la textura ética. Para dar respuesta a esto, si queremos triunfar en esta tarea, hay que incorporar al pueblo, a cada ciudadano. No mediante arengas y consignas vacías en encendidas reuniones, sino sembrando en cada uno la motivación por ser mejores y llevando por delante el ejemplo personal.

La imagen que se me ocurre para explicar esta situación es que ningún carpintero, ni el mejor ebanista es capaz de hacer una mesa como esta con madera llena de comején. Ninguna sociedad es capaz de construir nada sólido si está totalmente corrupta, y en esto y para esto necesitamos una espiritualidad que no sea simplemente un adorno, sino que sea el cimiento de la construcción de cualquier sociedad.

Como personas de fe y como cristianos, podemos proponer un camino, una espiritualidad que va a tener su cimiento, su base en una fe religiosa. Para nosotros y ya desde la tradición judeo-cristiana, desde la tradición del pueblo judío, Dios no es una abstracción. No es algo que está por encima de las nubes, alejado de la realidad de todos los días. Para el pueblo de Israel a Dios se le conoce en la historia, se le conoce en los hechos, se le conoce en la cercanía al pueblo, la cercanía inclusive a circunstancias concretas del pueblo de Israel. Para los cristianos esto tiene todavía un rostro muchísimo más aterrizado, más terreno, porque Dios se nos muestra en un ser humano, se nos muestra en Jesús que al encarnarse asume la naturaleza humana, la existencia humana. Aquí quisiera, muy rápidamente, dar algunos rasgos de esa espiritualidad que podemos basar en la enseñanza de Jesús, para nosotros hijos de Dios. Pero pienso que esta propuesta religiosa, propuesta de fe, puede inspirar mucho más ampliamente una espiritualidad.

Tomemos el ejemplo concreto del papa Francisco. Yo creo que a través de los medios de comunicación, muchísima gente no creyente en el mundo entero, simpatiza y tiene una cierta inspiración por su modo de ser humano. Para los creyentes es un modo de mostrar el rostro de Dios; para los cristianos es un modo de vivir a Jesús; para los católicos es el sucesor de Pedro, uno de los primeros discípulos de Jesús, a quien Jesús le encomienda su comunidad de fe.

Si buscamos cómo Jesús nos muestra esta espiritualidad que necesitamos para la construcción de la sociedad, podemos ir en primer lugar a la definición que hace de su propia misión. (No sé si anda López-Levy por ahí, pero si va a la sinagoga sabe muy bien que el sábado de mañana en la sinagoga se invita a uno de los participantes a que lea algún pasaje de la escritura y lo comente, no solo el rabino.) Es lo que sucede por la presencia de Jesús en la sinagoga de Nazaret con la primera manifestación de su misión. Va a la sinagoga del pueblo donde había nacido y abre el rollo de la escritura en un pasaje del profeta Isaías en que define su misión. Jesús la explica como lo hace Isaías: ha recibido la fuerza del Espíritu Santo, no para hablar de algo de otro mundo como si llegara un extraterrestre a hablar de algo que sucede en Marte o más allá. No. Dice: vengo a transmitir la buena noticia a los pobres, vengo a liberar a los cautivos, a poner en libertad a los oprimidos, es decir, vengo a comprometerme con el ser humano. Mi misión tiene que ver con el bien del ser humano aquí en la tierra. Esa misión es la que Jesús comunica y comparte con sus primeros discípulos y con todos sus discípulos hasta el día de hoy.

Pero hay algunos pasajes del Evangelio que nos pueden todavía acentuar este compromiso con la construcción de la sociedad. En primer lugar Jesús no transmite un texto, no transmite una serie de conceptos. A los primeros que se acercan a él les dice: “Vengan y vean”. Da testimonio de una vida, de un modo de vivir la relación con Dios, de un modo de reconocer la presencia de Dios aquí en la tierra en la existencia humana, y es lo que nos invita a hacer. Esa espiritualidad que buscamos nos invita a una gran coherencia entre lo que profesamos como fe y lo que vivimos. “Vengan y vean”, es un tremendo desafío para quien quiera seguir a Jesús, porque tendríamos que ser capaces de transmitir nuestra fe de esa forma. No “escuchen lo que digo” ni “lean lo que publico” sino “vean cómo vivo”.

En distintas oportunidades este mensaje se transmite a los discípulos. Hay situaciones que más bien nos muestran un rostro negativo de este compromiso con la realidad. Hay un momento en que está Jesús hablando en una casa y la casa se llena de gente muy atenta a sus palabras; pero afuera, en la puerta de la casa, hay un paralítico que quiere acercarse a Jesús y que solo encuentra espaldas piadosas. No podemos limitarnos más a esa espiritualidad. Escuchar a Jesús y dar

nuestra espalda al sufrimiento de nuestras hermanas y hermanos. Menos mal que hay algunos que tienen la capacidad, el ingenio de subir a este paralítico al techo de la casa y bajarlo delante de Jesús, de modo que lo acercan a Él. La espiritualidad que nosotros buscamos tiene que ser la que en otras circunstancias Jesús plantea a sus discípulos. Después de un largo día, una larga caminata y mucho tiempo escuchando la palabra de Jesús, la gente estaba cansada y ya con hambre. Los discípulos reaccionan pidiéndole a Jesús que despida a la gente que se vaya, que busque comida como puedan, por su camino. Las palabras de Jesús no son solo para aquellos discípulos sino para nosotros también hoy: "denles ustedes de comer". La responsabilidad con respecto a nuestro hermano es algo que el Señor encomienda desde el principio, que Jesús pide a sus discípulos y nos pide a nosotros hoy. Es una espiritualidad de ojos abiertos, es una espiritualidad que nos invita no a subir al encuentro de Dios en un lugar escondido y desconocido, sino a bajar al encuentro de Dios en la realidad de nuestras hermanas y hermanos con los que Jesús se identifica.

En la primera conferencia de este encuentro se citó el capítulo 25 de san Mateo en que, hablando del juicio final, Jesús, en la versión de san Mateo, hace una comparación con un juicio en el que alguien se ausenta y vuelve a pedirle cuentas a los que dejó al frente de sus responsabilidades. Esta autoridad por un lado afirma que cuando él tenía hambre, tenía sed, estuvo sin techo, era peregrino, estaba enfermo, estaba en la cárcel, los allí presentes lo asistieron, se preocuparon, fueron sensibles, se acercaron a él. Tanto los que cumplieron con esto como los que no, preguntaron ¿y cuándo hicimos todo eso contigo si tú no estabas? ¿Cuándo lo hicimos o por qué nos reprocha que no lo hiciéramos? Ni unos ni otros son conscientes de haber actuado con el que se ausentó y Jesús termina esta parábola, esta explicación, diciendo que el que hizo eso con el más pequeño de sus hermanos lo hizo con Él. Es clarísimo este texto, que nos llama a atender a las necesidades del prójimo, en particular a los más frágiles, a los más débiles, los más marginados con el ejemplo de la misma vida de Jesús, que lo hizo así a cada paso incluyendo siempre a los que la sociedad de la época excluía, dejaba al margen.

Hay una parábola que resume este mensaje de Jesús, esta espiritualidad que nos pide vivir, y es una parábola que todos conocemos muy bien: la parábola del buen samaritano. Pero vamos a leerla en forma sistémica, no solo individual. Tenemos un hombre asaltado, golpeado, herido al lado del camino. Hay quienes pasaron de largo y hay un extranjero que no tiene ningún título de ninguna especie, simplemente es un ser humano más, pero empieza por sentir, experimentar, que lo que le está sucediendo a este hombre es asunto del él. Podría en ese momento haber hecho una ma-

nifestación, haber puesto un cartel de protesta, podía haber dicho voy a llegar hasta Jericó (porque esto sucede entre Jerusalén y Jericó), voy a llegar a Jericó a protestarle a las autoridades porque fíjense lo mal que están cuidando la seguridad en las carreteras. No. En la parábola Jesús nos dice que ese samaritano, ese anónimo, ese ser humano resuelve con lo que tiene. No tenía medicamentos en ese momento, no había farmacias. Con lo que tenía para alimentarse, lo alimenta, cura las heridas del que está golpeado. No había ambulancias, utiliza su cabalgadura. No había hospitales, utiliza la pensión al lado del camino y utiliza también los recursos económicos y comerciales para servir a ese prójimo en necesidad. Podemos leer esta parábola no pensando solo en nuestra responsabilidad individual y personal, sino en relación con la sociedad en general, y es ahí donde aparece la dimensión colectiva. Aparece la dimensión religiosa o, si se quiere, la comunidad Iglesia. Allí no hay solo una responsabilidad de cada individuo, de cada ser humano, de cada samaritano, sino de la comunidad de fe. Y por eso, como comunidad de creyentes, en distintas partes del mundo, la Iglesia cumple una función en la sociedad civil como samaritano o como artesano de paz y reconciliación o como tercero en discordia, como mediadora en conflictos, a través de distintas instancias, distintas organizaciones como pueden ser las Comisiones de Paz y Justicia. El otro día Sergio Bitar, de Chile, citaba el ejemplo de la Vicaría de la Solidaridad, que durante la dictadura de Pinochet generó un espacio de refugio y luego un espacio de reconciliación. En Uruguay, en un momento determinado, vuelto a la democracia en el año 85, distintos sindicatos en situación de conflicto tomaron la costumbre de ocupar la catedral por dos motivos: primero obtener la atención de la prensa y en segundo lugar conseguir la mediación de la Iglesia. En Uruguay la Iglesia está totalmente separada del Estado desde el año 1908 y solo tiene la autoridad moral que le da la espiritualidad cristiana de sus integrantes. Es así que un sindicato tras otro recurría a su apoyo porque una vez que uno tuvo éxito en lograr la mediación, una mediación exitosa, otros ocuparon la Catedral para obtener el mismo resultado.

No es necesario, ni estoy aconsejando, que ocupen la Catedral para cada cosa, pero sí que existen instancias de acción eficaz, no solo individuales, si no también comunitarias, de los que compartimos la misma fe. Como puede ser a través de las comisiones que ejercen un servicio a la comunidad, al bien común y, de alguna forma, responden a la invitación que nos hace Raúl Castro de aportar al saneamiento de esta textura de la sociedad que está como una madera totalmente llena de comején. Necesitamos una espiritualidad que no sea simplemente un adorno, sino que sea, de veras, como el camino que nos ofrece Jesús, el cimiento de la construcción de una sociedad más sana.